

Por UN SUSPENSO

PRÓLOGO

Dentro del regalo y confort de una familia de gran posición social y económica nació una criatura encantadora, que tomó por el bautismo el nombre de Rianseres. Los primeros años de su vida se deslizaron en una constante alternativa de brazos cariñosos. Todos en aquella casa, desde el padre hasta la misma cocinera, se disputaban el honor de mecer a la pequeña. ¡Había llegado al mundo con tanta oportunidad y era su cara tan atractiva, que todo mimo se les hacía poco para que Rianseres estuviese siempre contenta.

Pero el tiempo, que todo lo transforma, hizo de Rianseres una niña voluntariosa y enérgica. Era, sí, amable con todo el mundo y a nadie escatimaba una sonrisa, pero ¡cuidado! con que la contrariaran en lo más mínimo. Sus padres comprendían que el mucho mimo en que la habían criado era sólo la causa de aquellos defectos y, confesándose culpables, seguían transigiendo. Al fin y al cabo su hija no les pedía nunca nada que no estuviera al alcance de sus medios.

Una de las cosas que más contrariaron a la familia fué el que, no habiendo cumplido aún Rianseres los diez años, dijo que deseaba estudiar el bachillerato. Quisieron quitárselo de la cabeza, alegando que para nada iba a necesitar ella sus estudios, puesto que era hija única y rica y no era fácil, por lo tanto, que se viera en la precisión de ganarse la vida. Pero todo inútil. Ella contestó que si quería estudiar era únicamente por el capricho de instruirse, y a los pocos meses aprobaba su ingreso con matrícula de honor. En realidad, es que Rianseres, más que defectos, poseía cualidades, y entre ellas despuntaba sobre todas la de su clara inteligencia. Todo fin de curso era para ella un recolectar sobresalientes y matrículas que hacían olvidar con orgullo a sus padres la contrariedad que sentían por ver a su hija tan encaprichada con los estudios que ellos creían varoniles.

Nuevo problema se planteó en la familia cuando, al terminar Rianseres su bachillerato, dijo que se quería matricular en la Universidad de Derecho. ¡Aquello era una locura! ¿Qué iban a pensar los abuelos? Sin embargo, a Rianseres no le debió importar mucho, por aquella vez, lo que pensarán sus abuelos, puesto que el día de la inauguración del curso en la Universidad estaba ella presente en el salón de actos, ambicionando con grandes deseos que dieran principio las clases. ¡Con qué interés escuchó el discurso de apertura y qué maravilloso le parecía ese mundo de las leyes, en el que pensaba internarse para bucear como un investigador en todas las fuentes del Derecho.



Por aquel entonces no le interesaban más que sus libros...

¿Era Rianseres un ser extraordinario? ¡Quizá! Por lo menos se salía bastante de lo corriente. A ella que no le hablaban sus compañeros de nada que oliese a literatura amorosa y menos que intentaran declarársele. Por aquel entonces no le interesaban más que sus libros, sus deportes y sus roperos, porque, eso sí, Rianseres era presumidísima y había logrado por ello que se le considerase como la mujer más elegante que pisaba la Universidad.

Y precisamente las bellas cualidades que poseía Rianseres de belleza, elegancia, simpatía e inteligencia, unidas a este no querer amar ni ser amada, le hacían ser más admirada por todos sus amigos y compañeros, que veían en ella la aspiración máxima de sus ilusiones juveniles: ¡una mujer hermosa e inasequible!

Sin embargo, todo en esta vida tiene su fin, y fin tuvo también la indiferencia amorosa de nuestra heroína por un traslado forzoso dispuesto por el Ministerio de Educación Nacional. ¿Qué pudo ocurrir por este nimio incidente para que sobreviniera en Rianseres un cambio tan brusco? Ni ella misma lo sabe, pero lo cierto es que ocurrió; y para que los lectores puedan darse una idea exacta de cómo acaeció la cosa, les transmitiremos con todo detalle, en un solo acto, los pormenores de aquel amor naciente.



Temblando, como si fuese a cometer un crimen...

ACTO ÚNICO

Personajes: Los que vayan saliendo.

Escena: Aula de la Universidad de Derecho en X, amplia, tris-tona, con dos grandes ventanales en el muro derecho con vistas a un precioso jardín. Suelo en declive, como en las salas de espectáculos, para que los alumnos del fondo puedan apreciar bien la cara de su profesor, y éste a su vez pueda estudiar la atención que cada estudiante le presta. Los bancos, alineados paralelamente, son de línea moderna, en haya encerada. La mesa del profesor mide cuatro metros de largo por uno de ancho. Las dimensiones de la mesa imponen ya de por sí bastante.

... si quería estudiar era únicamente por el capricho de instruirse...

